

EL PARADIGMA LIBERAL BAJO AMENAZA: CHINA COMO LÍDER INTERNACIONAL CONTRA EL CAMBIO CLIMÁTICO

*The liberal paradigm under threat: China as international leader
against climate change*

O paradigma liberal baixo ameaça: a China como líder internacional
contra a mudança climática

Tomás Croquevielle Huepe (*)

Palabras clave: cambio climático, China, EEUU, energías renovables, liberalismo.

Desde su fundación en 1949, la República Popular China, al igual que la mayoría de los países socialistas, impulsaron su modelo de desarrollo económico a partir de la industria pesada altamente contaminante (minería, siderurgia, petroquímica), situando a estas en una posición central a la hora de conseguir mejoras en las condiciones materiales de vida de sus ciudadanos (Giddens, 2009).

Este modelo productivo no sólo fue mantenido por las medidas económicas liberalizadoras de Deng Xiaoping de 1978 sino que incluso fue profundizado. La década de los 90 y el consecuente final de los socialismos reales, trajo consigo una tendencia de aumento de un 70% de las emisiones de dióxido de carbono (CO₂) a la atmósfera por parte del aparato productivo chino. Mientras en 1971 China era la responsable de solo el 5,7% de todas las emisiones del mundo, en 1990 pasó a ser la fuente del 10,7% y en 2005 del 23% (Dahe, Shu, Suocheng y Luo, 2016), produciendo en la actualidad un 28% de emisiones de CO₂, la mayor cantidad del planeta (Burck, Marten y Bals, 2017).

Además, el consumo energético chino, principalmente de fuentes primarias, como el carbón y el petróleo, en este periodo de tiempo no solo ha aumentado de manera vertiginosa, sino que está ocupando las primeras posiciones a nivel mundial. Mientras que, en 1999, China, consumía menos de la mitad de energía que EE.UU., en solo 10 años consiguió igualarle (Dahe et al., 2016). Además, estando arrastrada por una crónica dependencia al carbón, la economía china llegó incluso a consumir la misma cantidad de este mineral que el resto de las economías del mundo en su conjunto, ganándose la crítica y el cuestionamiento de defensores del medioambiente y de funcionarios de organismos internacionales de la comunidad internacional (Wong, 2017).

En la actualidad, China es el mayor líder mundial en inversión nacional en energía renovable, consolidando medidas vanguardistas en la lucha contra el cambio climático, tales como un mercado nacional de cuotas para las empresas de emisiones de CO₂ y el fomento de los trenes y autos eléctricos. Esto, al mismo tiempo que el país más importante del mundo democrático y principal potencia del orden liberal, EE. UU

(*) Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Periodista, Pontificia Universidad Católica de Chile. Email: tcroquei@uc.cl

(Nye, 2014) se retiró el 2017 de lo establecido en el Acuerdo de París, de hace dos años. Así, EE.UU. se retrotrae a posturas de anteriores mandatarios republicanos, como George W. Bush (2001-2009) y George H. W. Bush (1989-1993), quienes, en nombre de la defensa de la economía y el modo de vida estadounidense, se negaron a tomar acciones concretas para mitigar la crisis climática (Giddens, 2009).

Este vacío, dejado por la actual administración Trump, no manifiesta solamente una decisión política de un gobierno particular, sino que responde a una falla intrínseca de la democracia a la hora de proteger el medio ambiente y de generar un modelo de desarrollo productivo y de comercio internacional sustentable en el largo plazo, capaz de revertir el cambio climático. Esta falencia reside en la incapacidad que tienen las democracias liberales a la hora de proteger lo que Garret Hardin denominó los “bienes comunes”, tales como el agua, la tierra y las atmósferas (Hardin, 1968). Vacante que Beijing está aprovechando para liderar en las transformaciones ecológicas planetarias.

En este artículo investigaremos cómo los diferentes daños ambientales en China están afectando el modelo productivo del país, comprometiendo también su supervivencia física, llevando a que este país transite desde posturas negacionistas a liderar en producción de energías renovables, disminuyendo de manera significativa sus emisiones de dióxido de carbono.

Entenderemos que el ascendente liderazgo chino en reducción de emisiones y generación de nuevas formas de energía responde a un vacío generado por las potencias democráticas liberales y el sistema internacional de comercio. Este tiene su origen en una carencia intrínseca de la democracia liberal y de las reglas del libre comercio, a través de las cuales se ha tendido a privilegiar los intereses particulares de empresas, gobiernos y ciudadanos, por sobre los intereses comunes y el uso sustentable de los recursos naturales.

La amenaza al paradigma liberal

Dentro del debate entre quienes cuestionan la capacidad del actual sistema político liberal y el modelo productivo de libre mercado, es posible identificar tres aristas: la política, la social y la económica.

La arista política reside en la incapacidad de desarrollar políticas lo suficientemente profundas como para hacer frente al desafío que el cambio climático significa para la supervivencia humana. Esto, en la medida que la democracia liberal occidental le da preeminencia al interés individual por sobre un "todo orgánico" que asegure el bien común (Sherman y Wayne, 2007: 12).

Es por lo mismo que, según los autores, los gobiernos democráticamente electos están compuestos por representantes que actúan en su propio interés, al mismo tiempo que se encargan de complacer los intereses de sus electores. De esta manera, es imposible que las importantes decisiones de sustentabilidad pueden ser realizadas (Sherman y Wayne, 2007).

Con el caso chino podemos presenciar que los estados autoritarios cuentan con una capacidad mayor de llevar adelante los cambios necesarios para hacerle frente al cambio climático (Oreskes y Conway, 2014). Las agresivas políticas que las autoridades chinas han estado llevando adelante por casi 40 años, tales como la política de hijo único, fueron realizadas en un estado autoritario como el de aquel país, puesto que dicha política jamás hubiera podido ser llevada adelante en una democracia liberal.

Desde un cuestionamiento de los modelos sociales de vida, las sociedades en las democracias liberales cuentan con una población que, sin importar que tan advertida haya sido por los especialistas sobre el peligro que el cambio climático significa para la humanidad, esto se percibe como una amenaza irreal por el común de las personas. Esta situación, entonces, hace del cambio climático algo muy difícil de enfrentar.

Esta incongruencia, denominada “Paradoja de Giddens”, asegura que, dado que los peligros del cambio climático son intangibles o invisibles en el curso del día a día, por más asombroso que sus efectos nos parezcan, la mayoría no hará nada al respecto y esperará hasta que se convierta en una amenaza visible y tangible, antes de decidir tomar algún tipo de acción seria y concreta. Algo que, por la naturaleza del fenómeno, sería demasiado tarde (Giddens, 2009).

Bajo la mirada de esta paradoja, los ciudadanos están conscientes de la gravedad del cambio climático, pero no es una preocupación central en sus vidas. El autor ejemplifica esta actitud incoherente con el hecho de que la mayoría de la opinión pública acepta el cambio climático como una amenaza importante, pero pocos están realmente dispuestos a alterar su vida de manera significativa para revertir o mitigar sus efectos (Giddens, 2009). En cambio:

China considera que sus valores aportan los correctivos necesarios, al restablecer en un lugar relevante a la sociedad. Estos valores son los pertenecientes a la tradición (religiosa), pero también los del socialismo. Buda y Confucio se unen a Marx, Mao y Deng en la búsqueda de la armonía social. El individuo debe renunciar a sus derechos por iniciativa propia, sea en beneficio del equilibrio social, sea obedeciendo a la simple compasión. (Mandelbaum y Haber, 2005:72).

En la arista económica, la falencia principal de las democracias liberales en la lucha contra el cambio climático, es posible de entender dentro del cuestionamiento a lo que Klein (2014) denomina la “barrera neoliberal”, en donde el desarrollo productivo dentro del paradigma democrático liberal se encuentra aferrado a un sistema económico basado en la privatización de la esfera pública, la desregulación del sector empresarial y la reducción de los impuestos de las empresas, financiando este último con recortes al gasto público.

Aquel marco de desarrollo es uno al cual China no se ha adherido por completo. Pese a las reformas de Deng Xiaoping, el país aún tiene una importante herencia de la época socialista de Mao Tse Tung, que le permite al estado actuar en los sectores que considere estratégicos, tales como la energía. Esta herencia estatista ha vivido un

resurgimiento bajo la presidencia de Xi Jinping y su “Socialismo del siglo XXI con caracteres chinos”.

Por otro lado, es posible cuestionar a la democracia liberal en su incapacidad de establecer reglas de comercio internacional que vayan en beneficio de la lucha contra el cambio climático, tales como la aplicación de subsidios y fijación de precios a las energías renovables. Estas medidas son necesarias, puesto que las energías renovables compiten de manera desigual con el sector de los combustibles fósiles, los cuales no pagan por la contaminación que generan en el aire y la tierra (Klein, 2014).

A continuación, presentamos tres argumentos que cuestionan la capacidad de una democracia liberal para llevar adelante las medidas necesarias para prevenir el desastre climático. El primero de ellos es político, el segundo se refiere al negacionismo social del cambio climático y finalmente, se presenta el argumento económico.

El viraje político de China

Pese a que la emergencia climática es una amenaza planetaria, esta ha tenido respuestas políticas disímiles. Mientras en los estados democráticos liberales actuales no ha habido una reestructuración política lo suficientemente profunda para evitar la destrucción de los bienes comunes de la atmósfera, el suelo y el agua, bajo la lógica de toma de decisiones basados en los interés individuales (Hardin, 1968; Giddens, 2009; Sherman y Wayne, 2007), China en cambio, ha establecido diferentes medidas reestructuradoras de su modelo de desarrollo originalmente establecido por Mao Tse Tung y Deng Xiaoping, tales como un Plan Nacional de Acción sobre el Cambio Climático y una Ley de Energía Renovable.

La primera de estas políticas tiene por objetivos, entre otros, controlar las emisiones de gases invernadero reduciendo en un 20% el consumo de energía por unidad del PIB para 2010, el desarrollo de tecnología avanzada y la promoción de la cooperación internacional. Dentro de este último punto, se propone aumentar la conciencia y participación pública en torno al cambio climático, estableciendo para 2010 “un marco institucional y de gestión adecuado y altamente eficiente para abordar el cambio climático en el futuro” (Plan Nacional de Acción sobre el Cambio Climático, 2007: 29).

La segunda de estas directrices obliga a que el 15% de las necesidades eléctricas del país fuesen cubiertas por fuentes alternativas a los combustibles fósiles (Dembicki, 2017), en donde, según su artículo 4° el Estado enumerará:

“El desarrollo de la utilización de energía renovable como área preferencial para el desarrollo energético y promueve la construcción y el desarrollo del mercado de energía renovable al establecer el volumen total para el desarrollo de energía renovable y tomando las medidas correspondientes” (Ley de Energía Renovable de la República Popular China, 2005:1)

Este tipo de medidas significaron un auténtico punto de quiebre en el modelo de desarrollo productivo de China, alejándose del patrón que siguieron los países occidentales desde la revolución industrial hasta fines del siglo pasado de bombear la atmósfera con emisiones a gran escala de CO₂, posponiendo las medidas de mitigación para un periodo posterior (Dembicki, 2017).

El nuevo paradigma fue consolidado en 2012, cuando el Partido Comunista Chino (PCCH), el órgano más poderoso del Estado del país se cuadró con la nueva política energética. Para ello fue fundamental la purgación del liderazgo de las empresas estatales de energía, tales como Sinopec y China National Offshore Oil Corp, durante las campañas de anticorrupción del presidente Xi Jinping, las cuales desincentivaron y eliminaron cualquier tipo de postura negacionista o contraria a tomar medidas contra el cambio climático (Dembicki, 2017).

La nueva visión que quedó consagrada durante el XIX Congreso del PCCH (2017), en donde el Pensamiento de Xi Jinping sobre el “Socialismo con características chinas para una nueva era”, se volvió el fundamento ideológico oficial del Estado chino. En ella se propone adoptar una nueva visión para el desarrollo que garantice “la armonía entre el humano y la naturaleza” (Xi, 2017:47).

Este enfoque es diametralmente diferente del que podemos apreciar en las democracias liberales en donde, incluso en las más estables y prósperas, es posible encontrar diferentes actores, como los grupos económicos y financieros, que buscan defender sus intereses sectoriales. Esto impide que se pueda construir un modelo productivo que garantice un futuro sostenible para la sociedad, ya que estos esfuerzos son contrarrestados por la defensa de intereses corporativos, mediante la instalación del miedo y la publicidad negativa. A modo de ejemplo, en las elecciones de EE.UU. y Australia de 2004 se utilizó el temor a los posibles daños financieros a los votantes en caso de realizar cambios estructurales a favor un desarrollo sustentable, que afectarían las formas de vida de índole consumista de los electores de aquellos países (Sherman y Wayne, 2007).

La actual administración estadounidense de Donald Trump está embarcada en acabar lo que denomina como “Guerra contra el carbón” (Nuccitelli, 2017), en donde su gobierno ha buscado revitalizar la contaminante industria del carbón. Simultáneamente, el ejecutivo ha recortado en un 50% del presupuesto de instituciones como la Oficina de Eficiencia Energética y Energías Renovables de la Agencia de Protección Ambiental (EPA, por sus siglas en inglés) de EE. UU. La nueva postura de Washington quedó consagrada en 2017 con el retiro de su país del Acuerdo de París. En cambio, Beijing, pese a los temores de quienes consideraban que el retiro unilateral de EE. UU. podría gatillar su salida, se mantuvo dentro del acuerdo, e incluso ha asegurado que podrá cumplir con los objetivos de emisiones para el año 2030, una década antes de lo acordado (Dembicki, 2017). Esto, a la vez que las autoridades chinas se comprometieron a alcanzar su tope de emisiones para comienzos de la tercera de década de este siglo (Taraska, 2015).

El anterior compromiso vino de la mano de un plan disminuir en 800 millones de toneladas su producción de carbón para 2020 (Dembicki, 2017). Los paradigmáticos cambios realizados por las diferentes administraciones chinas en el siglo XXI han llevado a que la situación de emisiones pasara de un aumento de un 110% durante la primera década del siglo, a una detención de su incremento, ocurriendo incluso una significativa disminución de un 16% entre los años 2010 y 2015 (Jing, 2015). De esta manera, el gobierno chino ha buscado proteger sus recursos y el medio ambiente con una “transición socioeconómica interna” (Dahe Qin et al., 2016: 27).

El Negacionismo Climático en el Mundo Democrático Liberal

Durante años, el liderazgo democrático liberal ha acusado a China de jugar un papel contraproducente en los esfuerzos internacionales contra el cambio climático. Esto principalmente porque, aunque el país aceptó firmar el protocolo de Kioto de 1997, no aceptó ser obligado a limitar sus emisiones, postura que mantuvo durante años en las diferentes cumbres que buscaron hacer frente a esta problemática (Dembicki, 2017). Por décadas, Beijing sostuvo la postura de que la reducción de emisiones que la comunidad internacional quería establecer en la economía del país para mitigar los efectos del cambio climático, eran incompatibles con su sostenido crecimiento económico (AFP, 2012). Incluso, Dembicki (2017) refiere que, durante años, fueron numerosas las teorías que se divulgaron en la opinión pública en China que sostenían una supuesta conspiración de las potencias occidentales para detener el avance económico y productivo del país mediante la falsa idea de que la emisión de gases invernadero a la atmósfera provoca un cambio en el clima.

Sin embargo, la evidencia era irrefutable. Entre 1951-2012, China se consolidó como uno de los países con los desastres naturales más serios del planeta. Esto, en la medida que, debido a los efectos del cambio climático y la rápida urbanización del país, existe una gran presión sobre los recursos naturales y el medioambiente. Por otro lado, desde la década de los 90, el clima y los peligros climáticos han afectado en promedio más de 48 millones de cultivos en China. Las áreas afectadas por sequías son las más extensas, correspondiendo al 49.8% del total de las áreas afectadas por los desastres, seguido de inundaciones producto de lluvias de cerca de un 26.1% del área, impactando el abastecimiento estable de alimentos y la actividad económica del país. Además, cada año, los desastres meteorológicos afectan a 380 millones de personas, promediando 4,427 muertos. En promedio, las pérdidas económicas directas para el país superan los 26 mil millones de dólares, significando el 2.7% del PIB de China (Dahe Qin et al., 2016).

Estos factores han amenazado gravemente el crecimiento sostenible chino en el futuro, ubicando en una posición central el tema del calentamiento global y el cambio climático dentro de los asuntos políticos de las autoridades de China. Así es como esta problemática se ha transformado en un tema de seguridad e interés nacional.

La suma abrumadora y crítica de hechos llevó a que las autoridades chinas comenzaran, especialmente a mediados de la segunda década del siglo XXI, a disipar su visión negacionista y a establecer una reestructuración importante de su modelo de desarrollo, el que había sido promovido originalmente por los gobiernos de Mao Tse Tung y Deng Xiaoping. En la actualidad, existe un consenso generalizado en las autoridades de China sobre la necesidad de actuar contra el cambio climático, en el cual las posturas negacionistas son acalladas y/o censuradas (Dembicki, 2017).

En los países democráticos liberales, en cambio, existe aún una significativa y vocal cantidad de personas que no creen en el consenso científico en torno a la realidad y gravedad del cambio climático, negando que este fenómeno sea generando por la actividad humana o que esta puede hacer algo para modificarla (Klein, 2014). En EE. UU., por ejemplo, quienes se consideran republicanos, en su mayoría, simplemente rechazan la evidencia científica. En algunos estados, solamente un 20% aceptan que el cambio climático sea una realidad. Este escepticismo ciudadano también es posible de encontrar en Canadá, Australia, Reino Unido y la Europa Occidental (Klein, 2014: 35).

Esta desconfianza se vuelve peligrosa y contraproducente, en la medida que en la actualidad existen numerosos grupos, especialmente dentro de la derecha política estadounidense, en donde la oposición a aceptar el cambio climático se ha convertido en un asunto central de su sistema de creencias. Las posturas políticas fundamentalistas en numerosas oportunidades son financiadas por multimillonarios alrededor del mundo, tales como los hermanos Charles y David Koch (dueños del gigante de la energía sucia Koch Industries) y ExxonMobil. En la actualidad, los grupos contrarios al cambio climático desembolsan al año más de 900 millones de dólares en diferentes esfuerzos para disuadir a la opinión pública, la academia y los legisladores de la falta de necesidad de tomar medidas contra este fenómeno. Este negacionismo está estableciendo una traba fundamental y constante a la capacidad del actual sistema democrático de levantar políticas de cambio climático capaces de realizar las diferentes y necesarias innovaciones políticas y sociales en orden de conseguir las metas de limitación del cambio climático (Klein, 2014).

La Emergente Economía Verde De China

El tercer elemento de cuestionamiento a la democracia liberal y su capacidad para llevar adelante las medidas necesarias para prevenir el desastre climático, lo podemos encontrar en la esfera del intercambio internacional, el cual, especialmente desde la década de los 90 con la constitución de la Organización de Libre Comercio (OMC), ha propiciado el libre mercado a nivel mundial y la eliminación de cualquier tipo de política proteccionista.

En este mismo sentido, las estructuras de la democracia liberal presentan profundas fallas en la regulación del comercio internacional. Uno de los eventos más certeros que ejemplifican esta falencia es la demanda que EE. UU. cursó ante la OMC en 2010 contra los programas de subsidio a la energía eólica de China, acusándola de

proteccionista por apoyar a la industria local. Beijing, en represalia, mandó una queja en 2012 cuestionando varios programas de energías renovables en la Unión Europea, señalando a Italia, Grecia y algunos estados de EE. UU. (Klein, 2014).

Dicha situación es ilógica por dos diferentes motivos: primero, porque las energías renovables compiten con el sector de los combustibles fósiles, que cuenta, a nivel mundial, con subsidios que llegan al trillón de dólares al año y no pagan por la contaminación que generan en el aire y la tierra. Esto fuerza a las fuentes de energía renovables a buscar apoyos gubernamentales como fijación de precios y subsidios, para así poder competir de manera justa (Klein, 2014).

Segundo, debido a que los mismos gobiernos que se acusan mutuamente de proteccionismo, también se cuestionan en las diferentes cumbres internacionales, por no hacer lo suficiente por disminuir las emisiones de CO₂. Por el contrario, en lugar de competir por generar las mejores y más efectivas políticas y tecnologías para disminuir las emisiones, los grandes emisores del planeta prefieren demandarse entre sí ante la OMC a modo de sabotear los programas ecológicos de las demás naciones (Klein, 2014). Esta actitud puede ser comprendida y explicada dentro de la lógica de defensa de los intereses particulares y sectoriales, propia de las democracias liberales, pero que, por necesidad, ha sido imitada por China.

En ese mismo sentido, existe un consenso entre los especialistas ambientales mencionados en este trabajo (Giddens, Klein, Sherman, Smith), que, a la hora de realizar las medidas ambientales necesarias para mitigar el cambio climático se requiere un Estado con más facultades que las que le asigna el paradigma democrático liberal, que, al menos en el corto y mediano plazo, genere menores libertades y utilidades a las empresas.

Aquel marco de desarrollo, de completa libertad empresarial, es uno al cual China no está sujetado por completo. Pese a las reformas de Deng Xiaoping (1976-1997), el país aún tiene una importante herencia de la época socialista de Mao, la cual ha vivido un resurgimiento bajo la presidencia de Xi Jinping (2012-) y su “Socialismo del siglo XXI con caracteres chinos”.

En ese mismo sentido, es posible entender la actual transformación económica china, volviéndola más sustentable y mitigadora de los efectos climáticos, dentro de la reinención del capitalismo que el país está llevando adelante desde las transformaciones económicas de finales de la década de los 70. El nuevo modelo de producción pretende reinventar el libre mercado para hacerlo más equilibrado para, posteriormente proponerlo como un modelo. Buscando así, levantar un nuevo paradigma de desarrollo que sea una síntesis entre el pensamiento económico occidental, de dominación racional, y el chino (Mandelbaum y Haber, 2005).

Es por esto mismo que, bajo el actual modelo de desarrollo chino, el Estado mantiene una fuerte regulación del mercado, controlando las reglas de juego instituidas por él mismo. Por lo tanto, es posible observar un choque de paradigmas

entre una visión occidental individualista del mundo y una más colectivista por parte de China.

Mediante este modelo, es posible conseguir de manera más efectiva y eficiente la recuperación de los “comunes” (Hardin, 1968), puesto que, en la actualidad, dentro de los países industrializados que ejercen un liderazgo mundial, solo China tiene la capacidad de realizar las reformas económicas y políticas necesarias. Esto, en la medida que el Estado chino tiene la capacidad de controlar, de ser necesario, rígidamente las actividades corporativas chinas a nivel nacional e internacional, pudiendo proveer el financiamiento necesario para financiar la reparación del medioambiente.

De esta manera el país está emergiendo como una auténtica potencia ecológica, adoptando medidas vanguardistas a la hora de realizar actividades de mitigación al cambio climático. De acuerdo con un informe publicado por el Instituto para la Economía Energética y el Análisis Financiero (IEEFA), el país se ha consolidado mediante una política sostenida y abundante de subsidios estatales, como el líder mundial en inversión nacional en energía renovable, tales como turbinas eólicas, paneles solares y otros sectores de bajo consumo de emisiones, invirtiendo solo en 2015, 103 mil millones de dólares en este tipo de tecnologías (IEEFA, 2018).

Este ascendente y emergente liderazgo chino es posible percibirlo también en el hecho de que para 2025, la mayoría de los nuevos autos que se produzcan en China serán eléctricos y que en la actualidad el 60% de los trenes de altas velocidades del mundo se encuentran en aquel país. Simultáneamente, el país ha mejorado de manera sustancial su situación ambiental, en donde el aire de Beijing fue un 30% más limpio que el año pasado (Muggah y Tiberghien, 2018).

En este mismo sentido, la nación asiática está impulsando, después de ensayos con mercados pilotos en algunas de sus regiones, un incipiente mercado nacional de cuotas de gases de efecto invernadero (Wong, 2017), el cual busca ser el más grande de su tipo. Lo anterior genera que China se presente ante el mundo como un país moderno y capaz de promover las inversiones energéticas verdes de mejor manera gracias a las tecnologías energéticamente eficientes desarrollada en las últimas décadas.

Sin embargo, lo que las autoridades chinas parecieran buscar, mediante sus monumentales inversiones en energías renovables, es redefinir el liderazgo climático global para conseguir sus objetivos inmediatos de desarrollo económico nacional, control de infraestructura energética y competitividad internacional de la industria china (Zhang, 2017).

Conclusiones.

Tras el colapso de los socialismos reales a fines del siglo XX, el consenso general entre los políticos, académicos y economistas indicaba que la democracia liberal y el sistema económico de libre mercado eran el paradigma incuestionable del desarrollo político

y social de los países de la comunidad internacional organizada. Este exuberante optimismo está encarnado en la frase “El fin de la Historia”, en donde su autor, Francis Fukuyama, llegó a postular que este sistema político tenía la posibilidad de ser la culminación del desarrollo ideológico de la humanidad, libre de las contradicciones internas, fallas y desaciertos, que llevaron a otros sistemas, tales como la monarquía absoluta, el fascismo y el comunismo, al fracaso.

Pero la falla de este sistema político y modelo de desarrollo económico a la hora de cambiar de curso, disminuir significativamente las emisiones y evitar los daños contra el calentamiento global que los especialistas nos advierten, evidencia que éste no está libre de contradicciones internas. Menos aún podríamos asegurar que es la cúspide de la evolución humana, en la medida que la existencia humana misma se encuentra bajo amenaza a causa de este fenómeno. El reciente retiro de EE. UU., la principal potencia del orden liberal, del Acuerdo de París es, posiblemente, la señal más clara y relevante de que dichas contradicciones se encuentran presentes y patentes, especialmente en la arista ecológica.

Bajo esta situación, China, con su gobierno autoritario y su economía semicapitalista pareciera tener el camino despejado para liderar los esfuerzos internacionales contra el cambio climático, desarrollando una matriz productiva basada en fuentes de energías renovables, como la hidráulica, solar y eólica, abandonado de manera acelerada su actual dependencia del carbón y el petróleo. Así, en un mundo en donde el poder se ha fragmentado y los actores se han multiplicado, es posible entender el emergente liderazgo climático chino dentro de su ascendente poderío económico y político. En las últimas décadas China se ha convertido en una pieza fundamental del funcionamiento de la economía mundial y en un actor cada vez más relevante del tablero geopolítico.

A futuro habrá que evaluar si es que el paradigma de la democracia liberal es capaz de adaptarse e incorporar en su centro, elementos de la fórmula china, tales como el uso de subsidios para impulsar las diferentes tecnologías e industrias ecológicas, y el colectivismo político a la hora de tomar las necesarias medidas medioambientales de largo plazo, evitando caer en su autoritarismo. Siendo necesaria una nueva síntesis, tal como la forjó para sí la China post Deng Xiapoing, que fue capaz, mediante un proceso dialéctico, de tomar elementos de la economía y política liberal e impulsar su propio y espectacular liderazgo internacional, el que ahora se extiende a la esfera ambiental y climática.

REFERENCIAS

- AFP. (2012,18 de noviembre), Países en desarrollo rechazan limitar emisión de gases de efecto invernadero. *Abc Color*. Recuperado de <http://www.abc.com.py/edicion-impresa/internacionales/paises-en-desarrollo-rechazan-limitar-emision-de-gases-de-efecto-invernadero-479046.html>
- Asamblea Popular Nacional de China (2005). The Renewable Energy Law of the People's Republic of China. *Climate Observer*. Recuperado de <https://climateobserver.org/wp-content/uploads/2014/10/The-Renewable-Energy-Law-of-the-Peoples-Republic-of-China.pdf>
- Brown, M., Buckley, T., Nicholas, S. (2018). China 2017 Review World's Second-Biggest Economy Continues to Drive Global Trends in Energy Investment. Cleveland: Institute for Energy Economics and Financial Analysis. Recuperado de <http://ieefa.org/wp-content/uploads/2018/01/China-Review-2017.pdf>
- Burck, J., Marten, F., Bals, C. (2016). The Climate Change Performance Index 2017. *Germanwatch*. Recuperado de <https://germanwatch.org/en/download/16484.pdf>
- Comisión de Desarrollo Nacional y Reformas de la República Popular de China. (2007). *China's National Climate Change Programme*. Recuperado de <http://en.ndrc.gov.cn/newsrelease/200706/P020070604561191006823.pdf>
- Dahe, Q., Yongjian, D., Mu, M. (Eds.) (2016). *Climate and Environmental Change in China: 1951-2012*. [Versión de Springer]. doi: 10.1007/978-3-662-48482-1
- Dembicki, G. (2017, 31 de mayo), The Convenient Disappearance of Climate Change Denial in China from Western plot to party line, how China embraced climate science to become a green-energy powerhouse. *Foreign Policy*. Recuperado de <https://foreignpolicy.com/2017/05/31/the-convenient-disappearance-of-climate-change-denial-in-china/>
- Fukuyama, F. (1992). *El Fin de la historia y el último hombre*. Tercera edición. Buenos Aires: Planeta. Pp.79-80
- Giddens, A. (2009). *The politics of Climate Change*. Cuarta edición. Malden, Massachusetts: Polity Press, pp. 2,185, 188,
- Hardin, G. (1968). The Tragedy of Commons. *Science*. v.162 (1968), pp. 1243-1248
- Jing, Li. (2017, 11 de noviembre). China, India policies improve global warming outlook: analysis, *Climate Home News*. *Climate Change News*. Recuperado de <http://www.climatechangenews.com/2017/11/15/china-india-policies-improve-global-warming-outlook-analysis/>
- Klein, N. (2014). *This Changes Everything Capitalism Vs. The Climate*. Primera edición. New York, NY: Simon & Schuster, pp. 35, 38, 44-45, 64, 70,72

- Mandelbaum, J., Haber, D. (2005). China: la trampa de la globalización. Primera edición, Santiago: Tendencias, pp. 63,72,73
- Muggah, R., Tiberghien, Y. (2018, 12 de febrero). The future global order will be managed by China and the US - get used to it. *World Economic Forum*. Recuperado de <https://www.weforum.org/agenda/2018/02/the-future-global-order-will-be-managed-by-china-and-the-us-get-used-to-it/>
- Nuccitelli, D. (2017, 16 de octubre). The war on coal is over. Coal lost. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/environment/climate-consensus-97-per-cent/2017/oct/16/the-war-on-coal-is-over-coal-lost>.
- Nye, P. (2014, 10 de febrero), El mito del aislacionismo estadounidense. *Project Syndicate*. Recuperado de <https://www.project-syndicate.org/commentary/joseph-s--nye-refutes-the-increasingly-widespread-view-that-the-us-is-turning-inward/spanish?barrier=accesspaylog>
- Oreskes, N; Conway, E. (2014). *The Collapse of Western Civilization A View from The Future*. Primera edición. New York, NY: Columbia University Press, pp.70
- Shearman, D., Wayne, J. (2007). *The Climate Change Challenge and the Failure of Democracy*. Primera edición. London: Prager, pp. 12,75,76,90,140
- Taraska, G. (2015, 12 de octubre). Paris: The New Geopolitics of Climate Change. *American Progress*. Recuperado de <https://www.americanprogress.org/issues/green/news/2015/10/02/122630/paris-the-new-geopolitics-of-climate-change/>
- Xi, J. (2017, 18 de octubre). Secure a Decisive Victory in Building a Moderately Prosperous Society in All Respects and Strive for the Great Success of Socialism with Chinese Characteristics for a New Era. Discurso presentado en el 19º Congreso del Partido Comunista de China. Recuperado de http://www.xinhuanet.com/english/download/Xi_Jinping's_report_at_19th_CPC_National_Congress.pdf
- Wong, E. (2017, 31 de marzo). Con el vacío generado por Estados Unidos China se prepara para liderar la lucha contra el cambio climático. *The New York Times en español*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/es/2017/03/31/china-batuta-cambio-climatico/>
- Zhang, C. (2017, 14 de diciembre). Why China Should Take the Lead on Climate Change. *The Diplomat*. Recuperado de <https://thediplomat.com/2017/12/why-china-should-take-the-lead-on-climate-change/>